

843
D.

DG 552.

U.2



FONDO
RICARDO COVARRUBIAS

98785

CAPILLA ALFONSINA
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
U. A. N. L.

BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO REYES"
FONDO RICARDO COVARRUBIAS



MEMORIAS

DE JOSÉ GARIBALDI.

I.

MANDÉ QUEMAR LAS NAVES (1).

El verdadero motivo de la expedición no fué el de prestar auxilios ni el de llevar abastos á los habitantes de Corrientes : fué solo para desembarazarse de mí.

Como siendo yo todavía una persona tan insignificante, tenia ya enemigos tan poderosos, es un secreto que jamás he podido profundizar.

Cuando yo entré en el río, la armada oriental se encontraba en San José del Uruguay; y la de Oribe en la Bajada, capital de la provincia de Entre Ríos : las dos se disponían al combate, y la de Corrientes se preparaba por su parte para reunirse á la oriental.

(1) Va á tratarse del sitio de Montevideo á que se hace alusión al final del tomo I. (Nota del traductor.)

Yo debía cruzar el Paraná para ir á Corrientes, cruzar seiscientas millas entre dos filas enemigas, y perseguido además por una escuadra cuatro veces mas fuerte que la mia.

Durante este trayecto no pude detenerme mas que en islas ó costas deshabitadas.

Al abandonar á Montevideo, hubo allí mas de ciento que apostaron á que no volveria; poco despues de mi salida tuve que sostener mi primer combate contra la batería de San Martin García, isla situada en los alrededores de la confluencia de dos rios, el Uruguay y el Paraná, y cerca de la cual debía pasar sin remedio, puesto que no existe para la navegacion de los buques de ciertas toneladas mas que un solo canal á medio tiro de cañon de la misma.

En este primer encuentro tuve algunos muertos y entre ellos un bravo oficial italiano, Pocarobba: una bala de cañon le llevó la cabeza.

Además tuve ocho ó diez heridos.

La Constitucion se encalló á tres millas de San Martin García, y por desgracia sucedió este accidente cuando la marea estaba baja.

Para ponerla á flote tuvimos que trabajar muchísimo, y, gracias al valor de nuestros hombres, salió adelante nuestra flotilla.

Mientras que estábamos ocupados en trasportar á

la goleta los objetos de peso, comenzamos á ver llegar hácia nosotros á la escuadra enemiga. Se la divisaba al otro lado de la isla y se acercaba con gran regularidad.

Yo me encontraba en una mala situacion: para aligerar *la Constitucion*, habia hecho trasportar todos los cañones á la goleta *Proceda*, donde se hallaban amontonados, por cuya causa nos eran completamente inútiles. No nos quedaba pues mas que el bergantin *Pereria*, cuyo valiente capitan se hallaba al lado mio, ayudándonos en nuestro trabajo con la mayor parte de su tripulacion.

Entretanto el enemigo avanzaba á nuestro encuentro, ensoberebecido con las aclamaciones de las tropas de la isla y seguro de la victoria con sus siete navíos de guerra.

A pesar del inminente peligro en que me hallaba, no me dejé dominar por la desesperacion. No, Dios me otorga siempre en las situaciones supremas de mi vida el don de confiar en él, pero yo dejo á juicio de los demás, y sobre todo de los marinos, la apreciacion de los terribles momentos por que yo atravesaba. No se trataba solo de la vida, — yo hubiera renunciado á ella entonces, — se trataba además de salvar el honor. Cuanto mas creian los que me habian impulsado á ir hasta donde estaba que

perderia mi reputacion en aquel apurado trance, tanto mas me decidia yo á sacarla ilesa, sangrienta pero pura.

No era pues posible evitar el combate : lo único que podia hacerse era prepararse para llevarle á cabo.

Dispuesto á arrostrarlo todo, hice aproximar mis buques, mas ligeros que los del enemigo, á la costa, para encontrar al menos, cuando nos viésemos perdidos en el rio, el último medio de salvacion, el desembarque.

Tambien procuré dejar desembarazado el puente de la goleta á fin de que pudieran servirnos algunos cañones; y despues de tomar todas estas disposiciones, esperé.

La escuadra que venia á atacarme, estaba al mando del almirante Brown : no ignoraba por tanto que tenia que medir mis fuerzas con uno de los marinos mas bravos del mundo.

El combate duró tres dias sin que el enemigo juzgase oportuno emplear el abordaje.

En la mañana del tercero tenia todavía pólvora, pero me faltaban proyectiles. Dispuse que se rompieran las cadenas de los buques, mandé reunir los clavos, los martillos, todo lo que era cobre ó hierro, reemplazando con ello las balas y la metralla, y

solo así pude ocultar al enemigo aquella deplorable falta, logrando por este medio atacarle durante todo el dia.

Pero ya por último al terminarse, no teniendo ni un solo proyectil á bordo, habiendo perdido mas de la mitad de mis soldados, mandé incendiar los buques, mientras que sufriendo el fuego de nuestros contrarios ganamos tierra. Cada uno llevaba su carabina y la parte de cartuchos que nos habia tocado en la última distribucion.

Llevamos con nosotros los heridos trasportables : en cuanto á los demás..., ya he dicho lo que acostumbrábamos á hacer en semejantes circunstancias.

Nos hallamos á ciento cincuenta ó doscientas millas de Montevideo y sobre una costa enemiga. Los primeros que comenzaron á molestarnos fueron los soldados que formaban la guarnicion de la isla de San Martin Garcia; pero todavia irritados por el combate que acabábamos de sostener con el almirante Brown, los recibimos de tal manera que no volvió á quedarles ganas de buscarnos.

Continuamos nuestro camino á través del desierto, y nos alimentamos con algunas provisiones que llevábamos y con lo que encontrábamos al paso.

Los orientales acababan de perder la batalla del Arroyo Grande; nos reunimos á los fugitivos, con los

que yo engrosé mis filas, y despues de cinco ó seis dias de lucha, de combates, de privaciones y de sufrimientos, que en vano trataria de describir, y de los que nadie puede hacerse una idea, volvimos á Montevideo, conservando intacto lo que habian creído que perderia en la jornada : el honor !

Este combate y otros muchos que sostuve contra él, dejaron de mí tan buen recuerdo al almirante Brown, que antes de terminarse la guerra abandonó el servicio de Rosas.

Se dirigió á Montevideo, y antes de ver á su familia procuró visitarme.

Me buscó en mi casa de Portone, y me abrazó muchas veces como si hubiera sido su propio hijo, no pudiendo menos de manifestarme del modo mas expresivo el cariño que me profesaba.

Cuando hubo concluido conmigo, volviéndose hácia Anita : Señora, la dijo, he combatido mucho tiempo contra vuestro marido, pero siempre sin éxito : tenia empeño en vencerle, en hacerle mi prisionero, pero siempre ha sabido combatirme y escapárseme. Si hubiera tenido la fortuna de aprehenderle, hubiera visto, por el trato que yo le hubiera dado, la estimacion que me inspiraba.

He referido esta anécdota porque hace mas honor al almirante Brown que á mí.

II.

FORMACION DE LAS LEGIONES.

Despues de la victoria del Arroyo Grande, marchó Oribe contra Montevideo, declarando que no guardaria consideraciones á nadie, incluso los extranjeros.

Para cumplir su promesa mandaba degollar ó fusilar á todos los que hallaba en su camino.

Como por entonces se hallaban en Montevideo muchos Italianos, que habian ido los unos para arreglar asuntos comerciales y los otros porque estaban proscritos, dirigí una proclama á mis compatriotas invitándoles á tomar las armas, á formar una legion y á combatir hasta perder la vida en defensa de los que les habian dado hospitalidad.

Entre tanto Riveyra reunia los restos de su ejército.

Los Franceses formaron por su parte una legion en la que se alistaron los Vascongados de Francia; al mismo tiempo formaron otra los Españoles, á los que se reunieron los Vascongados de España. Pero tres ó cuatro meses despues, esta última legion, com-

puesta casi toda de carlistas, se pasó al enemigo, llegando á ser el núcleo del ataque, como la legion italiana lo fué de la defensa.

Los Italianos no tenian sueldo alguno; pero recibian raciones de pan, de vino, de sal, de aceite, etc., y despues de la guerra debia darse á los que sobrevivieran y á las mujeres y los niños de los muertos tierras y reses, para que con sus productos pudieran vivir desahogadamente.

La legion se compuso al principio de 400 á 500 hombres, y despues se aumentó hasta 800, porque se alistó en ella poco á poco á todos los Italianos que llegaron proscritos ó para hacer fortuna, viéndose desesperanzados por el mal estado de los negocios.

La legion fué dividida en tres batallones, uno mandado por Danuzio, otro por Ramella y el tercero por Manzini.

Oribe tenia noticia de todos estos preparativos de defensa, pero no creia en ellos; y marchó sobre Montevideo acampando en Cerito. (Véase el Mapa.)

Quizás hubiera podido entrar en la ciudad sin detenerse, porque cuando él se aproximó se hallaba en el mayor desórden, pero creyó tener entre los habitantes numerosos partidarios y esperaba de ellos una demostracion en favor suyo. Esta espe-

ranza fué vana, y Oribe dió tiempo á Montevideo para que organizase su defensa.

Detúvose á una hora de Montevideo con doce ó catorce mil hombres poco mas ó menos.

La ciudad podia al cabo de cierto tiempo oponer á su ejército otro compuesto de 9,000 hombres, de los cuales cinco mil eran negros, á los que se habia puesto en libertad, haciéndose de ellos excelentes soldados.

Cuando Oribe perdió la esperanza de entrar amistosamente en Montevideo, se fortificó en Cerito y comenzaron las escaramuzas.

Los Montevideenses se fortificaron tambien, siendo nuestro ingeniero el coronel Echevario.

El general Paz se encargó de la organizacion de las tropas, Joaquin Suarez era presidente, y Pacheco y Obes fué nombrado ministro de la Guerra.

Paz no tardó en abandonar á Montevideo para ir á sublevar á Corrientes y á Entre Rios.

La primera vez que se descompusieron las líneas, yo no sé si por culpa de los jefes ó de los soldados, la legion fué presa de un inmenso pánico y volvió á Montevideo sin haber disparado un solo tiro.

Entonces obligué á uno de los tres comandantes á que presentara su dimision; dirigí una vigorosa alocucion á los Italianos y escribí por segunda vez á

Auzani, que se hallaba en una casa de comercio en Uruguay, encargándole que viniera á reunirse conmigo.

Mi buen amigo cumplió mi encargo á principios de julio; y con su llegada todo tomó de nuevo fuerza y vida. La legion, que estaba pésimamente administrada, fué el principal objeto de sus atenciones.

Durante este tiempo se organizó lo mejor que se pudo una flotilla, de la que se me dió el mando.

Con este motivo Manzini volvió á ocupar mi puesto al frente de la legion.

La flotilla se comunicaba por el rio con el Cerro, fortaleza que se hallaba en poder de los Montevideenses, aunque estaba situada tres leguas mas allá de Cerito sobre la ribera de la Plata.

El Cerro nos era muy necesario, porque nos servia á un mismo tiempo de medio para abastecernos de víveres, para enviar partidas á la llanura y para recoger á los fugitivos.

Antes de la organizacion de la defensa, la escuadra del almirante Brown habia querido, habia hecho una tentativa para apoderarse del Cerro y de la isla de los Ratos.

Yo defendí durante tres dia la isla y la fortaleza. La isla poseia cañones de á 18 y de 36, y obligué

al almirante Brown á retirarse con grandes pérdidas. Ya he dicho que desde la llegada de Auzani terminaron las concusiones, reflejándose en todo su proverbial honradez.

Esto no convenia á los concusionarios, como puede comprenderse fácilmente.

Por entonces se formó un complot con el objeto de asesinarlos, á Auzani y á mí, y de vender la legion italiana al enemigo.

Auzani fué avisado, y al ver los conjurados que no podian realizar su primer deseo, se pasaron al enemigo veinte oficiales y cincuenta soldados, una mañana en que la legion ocupaba las avanzadas; pero los soldados, — debo hacerles esta justicia, — volvieron á sus puestos poco á poco y uno á uno.

Purgada de traidores la legion, no volvió á dar un paso que fuera censurable.

Auzani la reunió.

— Si me hubiera propuesto elegir de entre vosotros los buenos y los malos, les dijo, no hubiera conseguido hacerlo tan bien como los mismos traidores acaban de ejecutarlo.

Yo por mi parte arengué á las tropas, y el general Pacheco las pronunció un discurso.

Algunos dias despues de la primera salida, en la que la legion italiana dió tan pobre idea de su valor,

tratando yo de rehabilitarla, propuse una expedicion que fué aceptada.

Debíamos atacar á las tropas de Oribe, que se hallaban situadas delante del Cerro.

Una vez allí, nos pusimos Pacheco y yo al frente de los nuestros, y tan vigorosamente combatimos, que á las dos de la tarde pusimos en fuga al enemigo. La legion, compuesta de 400 hombres, cargó sobre un batallon de 600; Pacheco se batia á caballo, yo á pié y á caballo segun lo exigian las circunstancias, y de este modo matamos 130 hombres y cogimos doscientos prisioneros.

De los nuestros, solo murieron cinco ó seis y quedaron heridos una docena, entre los que se hallaba un oficial llamado Ferucci, al que fué preciso amputarle una pierna.

Volvimos victoriosos á Montevideo, y al dia siguiente Pacheco reunió á la legion, la dió gracias, elogió su bravura y dió un fusil de honor al sargento Loreto.

El combate tuvo lugar el 28 de marzo de 1843.

Despues de este suceso quedé tranquilo: la legion habia recibido el bautismo de fuego.

En el mes de mayo se bendijo la bandera.

Era de tela negra y tenia pintada encima el Vesu-

bio, emblema de la Italia y de las revoluciones que encerraba en su seno.

Sacchi, jóven de veinte años que se habia portado admirablemente en la accion del Cerro, fué nombrado abanderado.

Este jóven fué el mismo que mas tarde se batió á mi lado en Roma y el que es hoy coronel.

III.

EL CORONEL NEYRA.

El 17 de noviembre del mismo año se encontraba la legion italiana de servicio en las avanzadas ; y estaba con ella.

Despues del desayuno montó á caballo el coronel montevideense Neyra, y recorrió la línea seguido de algunos hombres.

Le dispararon un tiro y cayó del caballo mortalmente herido.

Al verle caer avanzó el enemigo y logró apoderarse de su cuerpo.

Apenas llegó á mi noticia este triste suceso, no queriendo dejar expuesto el cuerpo de un oficial tan bravo á los insultos de nuestros contrarios, reuní un centenar de hombres, los primeros que hallé, y cargué al frente de ellos los enemigos.

Logré volver á apoderarme del cuerpo del coronel ; pero irritados con este motivo los soldados de Oribe, y ayudados con nuevos refuerzos de tropa, me envolvieron.

Al ver esto los míos volaron en mi auxilio, y

bien pronto se encontró cerca de mi toda la legion, sufriendo mi misma suerte.

Exaltados por mi voz, se lanzaron hácia adelante, y arriesgándolo todo, se apoderaron de una batería y arrojaron al enemigo de sus posiciones.

Entonces nuestros contrarios avanzaron hácia nosotros con todas sus fuerzas.

Todas ó casi todas las de la guarnicion de Montevideo se reunieron á nosotros, y el combate se hizo general durante ocho horas consecutivas.

Nos vimos obligados á abandonar las posiciones que habíamos tomado al enemigo en el primer momento, pero le hicimos sufrir una pérdida enorme, y permanecimos en Montevideo realmente vencedores, y convencidos para lo sucesivo de nuestra superioridad sobre los que nos atacaban.

Nuestras pérdidas ascendieron á sesenta hombres entre muertos y heridos.

Embriagado con el fragor del combate, me batí como un soldado, y nada pude ver de cuanto pasó al lado mio; pero en medio de la matanza descubrí á Auzani combatiendo con su calma ordinaria, y esto me bastó para comprender que, dominando la pelea, nose escaparia de su atencion el mas insignificante detalle.

Aquella misma tarde le rogué que me hiciese

una reseña de los que más se habian distinguido, y al dia siguiente reuní la legion, ensalcé su valor, la dí gracias por su disciplina y arrojo en nombre de la Italia, é hice promociones de tenientes y sub-tenientes.

Despues de los dos combates de que he hablado, llegó á tomar tal influencia sobrè el enemigo la legion italiana, que cuando la veia avanzar á la bayoneta, ó no la esperaba, ó si la esperaba era al fin destruido.

Durante este tiempo logró Riveyra formar un cuerpo de cinco ó seis mil hombres, con los cuales sostenia la campaña y combatia al enemigo, mandado por Urquiza, hoy presidente de la República Argentina. De cuando en cuando enviaba por el Cerro á Montevideo por las provisiones que necesitaban.

Oribe se cansó de ver maniobrar de este modo á Riveyra, y destacó cierto número de soldados encargándoles que se reunieran á Urquiza, y que le trasmitieran la órden de combatir y destruir á Riveyra con su ayuda.